COMENTARIOS CRITICOS

Roberto Torretti

A. J. Ayer (ed.). *Logical positivism*. The Free Press, Glencoe, Illinois, 1959. viii + 455 pp.

Este volumen puede convertirse en el mejor medio para trabar conocimiento de primera mano con la filosofía del positivismo lógico. Trae el texto completo de varios artículos básicos de los miembros del Círculo de Viena, que en América española son difícilmente accesibles. Sólo dos de los textos incluidos están incompletos: el libro de Schlick sobre *Problemas de la Etica* (1930), del que se publica sólo el capítulo I, y el folleto de Hans Hahn sobre *Lógica, matemática y conocimiento de la naturaleza*, del que se omiten las secciones V y VI. El gran ausente es Wittgenstein, cuyas dos obras capitales, aunque de estilo aforístico y apariencia casi episódica, revelan a una mirada más atenta que no admiten que se las fragmente o "seleccione". No obstante el editor ha creído oportuno incluir al final tres piezas –una de Frank P. Ramsey, otra de Gilbert Ryle y otra de Friedrich Waismann– que exponen un modo de filosofar emparentado con el del último Wittgenstein. Es sabido que este estilo, prevaleciente hoy en Inglaterra, nace de una reacción a veces violenta contra el positivismo lógico *sensu stricto* y representa una superación de sus estrecheces.

En verdad, las doctrinas expuestas en los escritos más antiguos son, hoy por hoy, del dominio público. Lo que más llama la atención es que, a diferencia de lo que ocurre con las grandes filosofías del pasado, los textos originales no son ni más sugestivos ni esencialmente más complejos que las exposiciones de segunda mano. No parece que la enseñanza, por lo demás sencillísima, de Schlick, de Neurath, del joven Carnap, diera pie a esas interpretaciones erradas, desfiguradoras y trivializadoras, que son tan corrientes cuando se trata de un Platón, de un Leibniz, de un Kant. Los profesores del Círculo de Viena habrían sabido comprender qué forma debe adoptar la filosofía en un siglo en que el público lector rehusa tomar sobre sí ningún esfuerzo, y en especial, el de pensar por cuenta propia. Si efectivamente no podía evitarse el dogmatismo, era oportuno difundir un dogmatismo sano, que aunque empobrece notablemente nuestra vida intelectual, por lo menos la mantiene libre de engendros fabulosos.

Varios de los artículos con que se inicia esta colección tienen un evidente propósito vulgarizador. Tal vez para ponerse a tono con el vulgo a que se dirigen, los autores simulan una ignorancia que no osaríamos atribuirles y simplifican algunas de las materias expuestas en un grado que las desfigura. Así Hans Hahn, en el folleto que mencionábamos, ni siquiera alude al hecho de que el problema que discute ha sido discutido por Kant en términos que merecían por lo menos una refutación por parte de quien, en el siglo XX, está proponiendo una solución diferente; y Rudolf Carnap, en su artículo sobre "La vieja y la nueva lógica" (1930), afirma que el carácter tautológico de la lógica formal da al traste "con el intento de basar la metafísica en la lógica pura que

es sobre todo característico de un sistema como el de Hegel" (pág. 143). En este mismo artículo, Carnap expone que la nueva lógica ha superado las contradicciones descubiertas en la lógica antigua y explica en forma breve y plausible el instrumento de la superación: la teoría de los tipos de Russell; pero omite señalar que para que la lógica así renovada cumpliera el papel que se le asignaba de fundamentar la matemática clásica, era preciso enriquecerla con algunos dispositivos *ad hoc* (alguien los ha comparado a los epiciclos de la astronomía ptolemaica), uno de los cuales, el famoso axioma del infinito, tenía un carácter confesadamente metafísico[1]. Carnap expone asimismo que todas las proposiciones de la lógica (así como las de la matemática derivables de ellas) tienen carácter tautológico, entendiéndose por tautología, una fórmula "que no depende ni del significado ni del valor-verdad de las proposiciones que incluye, sino que es necesariamente verdadera, aunque las proposiciones que la constituyen sean verdaderas o falsas" (pág. 142). Carnap exhibe cómo puede demostrarse que una proposición es tautológica mediante la construcción de la correspondiente "tabla de verdad", pero omite decir que esta construcción sólo puede llevarse a cabo en el caso de una porción relativamente pequeña de la proposiciones de la "nueva lógica"; esto significa que no es efectivo, como sostiene Carnap, que la verdad de estas proposiciones pueda establecer e con sólo examinar su forma, de suerte que, contra lo que dice Carnap, no "es indiferente el que una proposición lógica sea derivable de otras proposiciones" (pág. 142). Es posible que en 1930 no fueran tan obvios est s hechos que los manuales de hoy ponen al alcance de cualquier principiante; pero si era así, si la ituación de la nueva disciplina era todavía confusa e inestable, no se justificaba el tono de perdonavidas con que Carnap hablaba de sus conquistas.

El mismo tono domina en el célebre artículo de Carnap sobre "La upera ·ón de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje" (1932). En él, como es sabido, Carnap ilustra su tesis de que las proposiciones metafí ica literalmente carecen de significado con una cita extensa, aunque fragmentaria, de Heidegger; ella consiste en una serie de frases no consecutivas, arrancadas de la conferencia *¿Qué es metafísica?* (1929). Cabe preguntarse si un texto de Einstein resistiría mejor este tratamiento, y aparecería dotado de sentido a un lector que lo examinase extractado del escrito a que pertenece y desconectado de la tradición en que se han venido planteando los problemas a que el escrito se refiere y formando los conceptos que éste maneja. Carnap no e ha cuidado de averiguar lo que Heidegger pretendía con su escrito; es cierto que en 1932 el propio Heidegger aún no se había tomado el trabajo de informar expresamente a sus lectores que el escrito es parte de su propia empresa de "superar" la metafísica[2]; pero ya lo había hecho en 1957, cuando Carnap agregó algunas notas complementarias para esta edición, en la primera de las cuales aclara que la "metafísica ... incluye sistemas (sic) como ... el de Heidegger" (pág. 80)[3]. Sería ocioso intentar aquí una crítica de la crítica carnapiana; el objeto de su ataque es, por lo demás, tan miserable, que tal vez hasta el propio Heidegger

concedería que Carnap tiene razón, que esas frases sueltas tomadas de su obra, a í como se las presenta, no significan nada. Importa, con todo, destacar una observación que Carnap deja caer de paso: en el lenguaje formalizado de los *Principia mathematica* (que Carnap designa como "lenguaje lógicamente correcto") la mayoría de las frases de Heidegger no pueden siquiera construirse (pág. 70); en efecto un lenguaje formalizado no es un lenguaje vivo; no es capaz de desarrollo autónomo; en principio y a menos que sea defectuoso, sólo pueden xpresarse en él pensamientos que se ajusten a los modos de concebir que se tuvieron en cuenta al fijar, convencionalmente, su sintaxis; si el propósito del filósofo es renovar los modos inveterados de concebir, no es raro pues que su discurso no pueda traducirse a algunos de los lenguajes formalizados preexistentes; más aún, deberíamos agregar que aun la traducción —nada imposible— de un discurso filosófico a un lenguaje formalizado construido *ad hoc* (que podría ser tan "lógicamente correcto" como otro cualquiera) implicaría la destrucción de aquello que lo hace propiamente filosófico: su capacidad de generar, sin solución de continuidad, su propia renovación y superación; la carencia de esta capacidad es la característica de las llamadas "escolásticas", las cuales, por otra parte, por el mismo formulismo de sus exposiciones y la rigidez de su terminología, parecen prestarse en grado eminente para una eventual formalización.

Más instructivo que estos manifiestos iniciales de la escuela —entre los que se cuentan también dos artículos de Schlick, sobre "El vuelco de la filosofía" (1930) y "Positivismo y realismo" (1932)— es un grupo de cuatro trabajos reunidos bajo el título de "Conocimiento y verdad". Reflejan la discusión desarrollada en el seno de la escuela misma acerca de las llamadas "proposiciones protocolares" (*Protokollsätze*). El punto de partida del debate fue el artículo de Carnap sobre "El lenguaje físico como lenguaje universal de la ciencia" (1931); pero este volumen no lo reproduce, debido en parte a su extensión, en parte a que ya circula en traducción inglesa[4]. Encabeza el grupo otro trabajo de Carnap sobre "Psicología en lenguaje físico" (1932), en el que se defiende la tesis de que toda proposición de la psicología puede formularse en lenguaje físico. Carnap distingue entre el lenguaje protocolar, en que pueden expresarse las proposiciones protocolares (dicho en lenguaje corriente: las proposiciones referentes a lo dado en forma inmediata) y el lenguaje sistemático, en que se expresan las proposiciones del sistema de la ciencia; estas últimas sólo tienen sentido si pueden verificarse, y uno sólo puede verificarlas deduciendo de ellas proposiciones en el propio lenguaje protocolar, comparables con las proposiciones del propio protocolo. Este requisito lo cumplen únicamente, según Carnap, las proposiciones del lenguaje físico o las traducibles a este lenguaje. Supongamos, en efecto, que la psicología incluye proposiciones no formuladas en lenguaje físico sobre un estado de alma ajeno, por ejemplo; estas proposiciones, aunque procedan de un protocolo ajeno, no tienen —en el supuesto convenido— significado para mí, pues no son expresables en mi lenguaje protocolar ni puede

compararselas con las proposiciones de mi protocolo; en cuanto a las proposiciones referentes a mis propios estados de alma, éstas pertenecen obviamente a mi protocolo; pero, por lo mismo, deben poder traducirse al lenguaje físico, pues de otro modo, según Carnap dice haber establecido en el artículo básico que nombramos, incurriríamos en contradicciones insolubles. El planteamiento de Carnap involucra al parecer un distingo entre lenguajes privados, subjetivos (protocolares) y el lenguaje común de la física, que resulta intersubjetivo en virtud de que de sus expresiones pueden derivarse expresiones pertenecientes al lenguaje privado de cada cual. Contra este distingo se dirige el artículo de Otto Neurath sobre "Proposiciones protocolares" (1933), breve, asistemático, pero altamente sugestivo. Todo lenguaje es necesariamente intersubjetivo: un lenguaje "privado" tiene que servir para que yo me entienda conmigo mismo, entienda hoy lo que registré ayer en mi protocolo; pero entre mi hoy y mi ayer hay la misma distancia que entre mi actualidad y la actualidad de mi prójimo; si bajo ciertas circunstancias se dice de mis protocolos de ayer que pertenecen al *mismo* idioma que los de hoy, con igual derecho cabe decir que mi lenguaje protocolar es el *mismo* que el de las otras personas. En rigor, las proposiciones protocolares sólo se distinguen de las demás proposiciones sobre hechos, por ciertas peculiaridades sintácticas; pero no pueden reclamar ningún privilegio epistemológico para sí; las proposiciones protocolares están expuesta a la mi - mas dudas que las demás proposiciones fácticas; si una proposición protocolar entra en conflicto con el sistema completo del saber establecido, podemos resolvernos a reconstruir el sistema, pero también podemos desechar la proposición protocolar[5]. Este planteamiento, aceptado, y elaborado después por Carnap y Hempel, redunda, como señala Ayer en el artículo que cierra la serie ("Verificación y experiencia" - 1936), en la equiparación de verdad y coherencia. Ayer no es propicio a esta equiparación, familiar entre los idealistas de u país, y de la cual él parece haber esperado que el nuevo empirismo lo liberara. La critica con diversos argumentos. Le parece especialmente escandalo o que se sostenga que el concepto mismo de la proposición protocolar es un concepto puramente sintáctico. Con este criterio, según él, uno bien podría eleccionar toda las proposiciones que empiezan con la letra B y bautizarlas "propo iciones básicas". Obviamente, Ayer estima que los distingos sintácticos son puramente convencionales. Si así fuera, tendría razón al afirmar que las proposiciones q e caracterizan a la proposición protocolar (dicho en lenguaje corriente: las proposiciones que determinan qué puede pasar por "dado una forma inmediata") no son proposiciones sintácticas; pero, por otra parte, no puede sostener —como pretende— que ellas son proposiciones fácticas; en efecto, si lo fueran, o bien serían proposiciones protocolares o su significado consistiría en proposiciones protocolares derivables de ellas; ambas alternativas son absurdas: no pueden derivarse proposiciones protocolares específicas de las proposiciones que caracterizan lo que es una proposición protocolar; menos aún puede admitir e que tales proposiciones sean protocolares ellas mismas. La exposición de Ayer nos

lleva así a una consecuencia que él no expresa, pero que no por eso es menos clara: al lado de las proposiciones fácticas a posteriori y de las proposiciones sintácticas meramente convencionales, hay proposiciones significativas de otro género; este tipo de proposiciones, que versan no sobre las cosas, sino sobre nue tro conocimiento de las mismas (y sobre todo lo que es preciso tratar cuando se dilucidan las condiciones de ese conocimiento) es bien conocida en la tradición filosófica, aunque el positivismo lógico se había hecho el propósito de ignorarlas. Consideraciones análogas nos sugiere el otro trabajo del grupo que comentamos: el ensayo de Schlick sobre "El fundamento del conocimiento" (1934). E te ensayo, con su brillo que eclipsa a la prosa adormecedora de Carnap, no es ni una enumeración de convenciones sintácticas ni una descripción de situaciones de hecho, sino una disquisición filosófica de la más pura cepa. ¿Diremos que carece de sentido, como Wittgenstein dijo de su propia obra? Schlick propone resolver la disputa sobre las proposiciones protocolares modificando radicalmente el planteamiento. Indudablemente, si la proposición protocolar consiste en una frase anotada en un cuaderno (protocolo), en la que se consigna una observación, ella está sujeta a las mismas dudas que cualquiera otra proposición fáctica, y no puede atribuírsele privilegio epistemológico alguno (puede estar mal escrita, escrita por alguien que no ha sabido expresarse, o inclusive puede ser una mentira). Tales proposiciones no pueden ser la base de la ciencia. Pero esto no implica, como se ha creído, que la ciencia es un sistema autónomo de proposiciones, cuya verdad consiste en su coherencia. El proceso del conocimiento tiene momentos en que sus hipótesis, expresadas en proposiciones fácticas, se ven comprobadas (o refutadas), aquí, ahora, por una experiencia sensorial efectiva: aquí, ahora, el punto luminoso (estrella) coincide con la intersección de dos líneas (de la mira de mi telescopio). Las proposiciones que dan cuenta directa de estos momentos —"proposiciones acerca de lo percibido en forma inmediata"— las llama Schlick "constataciones". De ellas depende la satisfacción de los propósitos de la ciencia. Ellas verifican (o refutan) las hipótesis. Son proposiciones muy especiales: incluyen términos demostrativos —"aquí", "ahora", "yo", "esto"— de suerte que sólo se pueden entender si van acompañadas con alguna suerte de gesto que apunta a la realidad que expresan; por esto, sólo puedo comprender su significado en el acto de cotejarlas con eso mismo de que hablan: si las entiendo es imposible que me equivoque en lo que atañe a su verdad. Las "constataciones", claro está, no pueden escribirse, pues los términos demostrativos pierden su significado en cuanto se los anota[6]; de ahí que Schlick prefiera no describirlas como la base de la ciencia (se espera que una base sea por lo menos estable), sino como "los puntos de contacto entre el conocimiento y la realidad". "Hemos llegado a conocer —dice— estos puntos de contacto absolutamente fijos, las constataciones, en su individualidad, son las únicas proposiciones sintéticas que no son *hipótesis*. No están de ningún modo en la base de la ciencia. Pero, como una llama, el conocimiento, por así decir, se nutre de ellas, alcanzando

a cada una por un momento, y consumiéndola en el acto. Alimentada nuevamente y fortalecida la llama, sigue su marcha hasta la próxima. Esto momentos de satisfacción y combustión son lo esencial. De ellos procede toda la luz del conocimiento. . ." (págs. 226-227). Creo que Schlick ha logrado expresar la médula del empirismo sensualista. No observa, con todo, que su planteamiento obliga a revisar el criterio con que la escuela determinaba cuáles son las proposiciones significativas. En efecto, se entendía que el significado de una proposición empírica cualquiera consistía en las proposiciones elementales o básicas que pueden inferirse de ella: si entendemos que la proposiciones básicas en cuestión son las "constataciones" de Schlick, deberemos concluir que las proposiciones ordinarias de la ciencia carecen de significado: pues las "constataciones" de Schlick, que conservan su sentido sólo por un instante, no pueden conectarse por ninguna forma conocida de inferencia lógica con las proposiciones esencialmente estables de la ciencia.

El criterio con que el positivismo lógico pretendía discernir las proposiciones significativas de las que no lo son, ha suscitado otras dificultades que señala cuidadosamente Carl G. Hempel en uno de los trabajos má interesante de este volumen: "El criterio empirista del significado" (1950). Hempel concluye que le parece inútil seguir buscando una expresión del criterio "en términos de relaciones deductivas con proposiciones de observación" (pá . 116)[7]. Propone, en cambio, que se admita como proposiciones dotada de significado cognoscitivo sólo a aquellas que pueden traducirse a lo que él llama "un l nguaje empirista". El vocabulario de este lenguaje incluiría úni amente las constantes lógicas ordinarias, términos que desi nan características ob ervable [8], y expresiones definibles en función de éstos y aquéllas; la sintaxis del len uaje empirista podría ser la establecida, por ejemplo, en *Principia Mathematica*. Hampel muestra que este criterio resulta estrecho para dar cabida a toda las proposiciones de la ciencia moderna, pues quedan excluidas aquellas que incluyen conceptos de disposiciones (v. gr., "temperatura") con truccione teóricas (v. gr., "campo eléctrico"), Hempel propone ampliar el criterio con modificaciones *ad hoc* que permitan superar las limitacione eñ ladas. Cuesta reprimir una sonrisa ante la inocencia con que todo esto se expone: lo hombres han pasado siglos creyendo que se entendían cuando hablaban unos con otros en un lenguaje cada vez más complejo, flexible y matizado; de úbito deben aceptar que eso que les pasaba no es lo que propiamente e llama "entenderse"; pues en rigor sólo se "entienden" aquellas proposicions del lenguaje corriente que pueden también expresarse en un lenguaje esencialmente más pobre y rígido, que un grupo de profesores ofrece fabricar para ellos. Parecería que, no obstante la sutileza creciente de los planteamientos y la mayor exactitud de los conceptos, el positivismo lógico de 1950 sigue atado a los mismos prejuicios de sus tiempos heroicos, cuando Otto Neurath sugería que los escritos de Heidegger, en contraste con los de Einstein, carecían de sentido, por

cuanto, a diferencia de éstos, no era posible traducirlos a la lengua bantú (pág. 200).

El volumen que comentamos trae además una seccion sobre las proyecciones éticas y sociológicas del movimiento, ilustradas por el capítulo de Schlick que citamos al comienzo, un artículo de C. L. Stevenson sobre "El significado emotivo de los términos éticos" (1937) y otro de Otto Neurath sobre "Sociología y fisicalismo" (1931). Cierran el volumen los tres escritos no positivistas a que aludimos al principio: "Filosofía", de F. D. Ramsey; "Argumentos filosóficos" (1946), de Ryle, y "Cómo veo la filosofía" (1956), de Waismann. La introducción del editor que encabeza el volumen es concisa, clara y sumamente instructiva; trae valiosas indicaciones sobre Wittgenstein y un resumen del contexto en que aparecieron algunos de los trabajos incluidos. La bibliografía de 66 páginas debe ser la más completa publicada sobre el tema; aunque el editor nos previene que no es exhaustiva, cabe presumir que contiene todo lo más importante, puesto que el compilador, el profesor Ayer, ha estado estrechamente ligado a este movimiento filosófico durante toda una vida.

NOTAS

[1] Este comentario se basa, como es justo, en la situación intelectual de 1930, que Carnap debía haber expuesto fielmente también en lo que tenía de problemática. Años más tarde, Quine ha construido una fundamentación lógica de las matemáticas que elude el empleo de algunos de los axiomas más controvertidos de *Principia mathematica:* pero antes de eso, ya en 1931, Kurt Gödel, contertulio como Carnap del Círculo de Viena, publicó resultados que limitan severamente el alcance de toda fundamentación de este tipo y restringen en consecuencia las pretensiones que es legítimo asentar en la nueva lógica. Véase al respecto, Quine, "New foundations for mathematical logic" (1937), ahora en *From a logical point of view*, 2nd ed., Cambridge, Mass., 1961, pp. 80-94; Quine, *Mathematical logic,* revised ed., Cambridge Mass., 1951. Gödel publicó sus resultados en un artículo titulado "Ueber formal unentscheidbare Sätze der Principia Mathematica und verwandter ysteme" (*Monatshefte für Mathematik und Physik, 38* (1931) pp. 173-198); se encontrará una exposición formal de los mismos en Kleene, *Introduction to metamathematics,* Princeton, 1952; una exposición informal, que define claramente su alcance, ofrecen Nagel y Newman en el opúsculo *Gödel's Proof,* Londres, 1959 (hay traducción española: *La prueba de Gödel,* México, 1959); véase también el brillante artículo de Jean Ladrière, "Les limitations des formalismes et leur signification philosophique", en *Dialectica,* Nº 56 (15-12-1960); pp. 279-328.

[2] Heidegger denomina su empresa con la misma expresión alemana que empleó Carnap: "Ueberwindung der Metaphysik". Véase los fragmentos recogidos bajo este título en Heidegger, *Vorträge und Aufsätze,* Pfullingen, 1954, pp. 71-99.

[3] Carnap no es, por otra parte, el único positivista lógico que opina en público sobre autores que no ha estudiado. En su prólogo de 1959, el editor del libro que comentamos seguía tratando la pregunta de Leibniz con que Heidegger termina su conferencia ("¿Por qué hay ente y no más bien nada?") como un interrogante planteado por el propio Heidegger (*Logi-*

cal positivism, pág. 16). "That is indeed the kind of question that people expect philosophers to put" comenta Ayer candorosamente, pero no se apercibe de que Heidegger la reitera precisamente por eso: porque es un adecuado punto de partida para una meditación acerca de lo que es el pensamiento metafísico, meditación que, por otro lado, aunque les duela a los positivistas, es sin duda un requisito previo indispensable para la superación efectiva de esta forma de pensamiento.

[4] Bajo el título de "The unity of science" (Londres, Kegan Paul, 1934).

[5] Por ejemplo, si vemos una vez a alguien que camina inexplicablemente sobre las aguas, y lo anotamos en nuestro protocolo, no titubearemos en interpretar esta experiencia como un sueño o una alucinación, a menos que consigamos repetirla; su repetición, en cambio, al confrontarnos con una pluralidad en continuo aumento de proposiciones contrarias al saber establecido, nos induciría a reconstruir este saber, reformulando las leyes de la naturaleza.

[6] "A la pregunta *¿qué es ahora?* contestamos por ejemplo: *Ahora es la noche*. Para examinar la verdad de esta certeza sensible basta un experimento sencillo. Anotamos esta verdad; una verdad nada puede perder porque se la anota; tampoco porque la guardamos. Si miramos de nuevo *ahora, este mediodía* la verdad anotada, tendremos que declarar que se ha vuelto huera". Hegel, *Phänomenologie des Geistes* (ed. Hoffmeister), pág. 81.

[7] Proposiciones de observación son proposiciones que aseveran de uno o más objetos expresamente nombrados que ello poseen o no poseen una determinada característica observable; característica observable es una propiedad o relación de objetos físicos, cuya presencia o ausencia en un caso dado puede, en circunstancias apropiadas, establecerse por observación directa (págs. 109 y 110).

[8] Véase la nota anterior.